

www.elboomeran.com

UN VIAJE NADA SENTIMENTAL

Alexanderplatz, 23

www.elboomeran.com

Albert Drach

Un viaje nada sentimental

Traducción y nota biográfica de Adan Kovacsics

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Unsentimentale Reise*
© 1988 Carl Hanser Verlag München Wien

© de la traducción: 2013 Adan Kovacsics
Revisión: Francesc Nadal

© 2013 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2013

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: © Isabell Schatz



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Este libro cuenta con una ayuda del Ministerio austríaco de Educación, Arte y Cultura.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls - Sant Joan Baptista, 35 - 08789 La Torre de Claramunt

ISBN: 978-84-95587-96-1
Depósito legal: B-20.796-2013

Printed in Spain

Primera parte

Las cortinas están bien cerradas. Tras una brusca sacudida, me pongo en marcha sin moverme. Me llevan mecánicamente. Avanzo a toda velocidad. No sé adónde me dirijo. No pretendo llegar a ningún sitio; además, voy tumbado. Nadie me ha preguntado por el destino de mi viaje. Ni recuerdo haber comprado un billete.

Viajo con cierto confort. El coche tiene los asientos acolchados. Estoy bastante cómodo, estirado en tres de ellos. Los compañeros de viaje charlan en tono enérgico. No están precisamente de buen humor. No levanto la cabeza. En algún lugar nos separaremos de todos modos. Yo no los he elegido.

Sea como fuere, el hombre sentado frente a mi cabeza no puede calificarse de viejo. Delgado y bien vestido, podría tener unos dieciocho años. Su barba parece de fecha reciente. Tal vez solo la lleva porque no le queda más remedio. Su vecino, al que distingo con menos esfuerzo, no es mucho mayor, pero sí más corpulento. Se diría que su grasa es de tipo esponjoso. Parece mejor afeitado, quizá porque apenas le crece barba. No debe de gustar a las mujeres, aunque lleva un anillo de casado en la mano derecha, o sea, que es centroeuropeo. No conozco a ninguno de los dos.

En cambio, creo haberme encontrado ya con el tercer caballero, el del rincón junto a la puerta. No recuerdo en qué ocasión. Tendrá unos sesenta años o incluso más. Sin embargo, se

mece juvenilmente en su asiento. Me mira como si yo le perteneciera. No es así, desde luego.

No parece correcto preguntar dónde estoy. En realidad, solo sé una cosa: me encuentro en un tren. A lo sumo podría preguntar adónde se dirige. Sin embargo, me da vergüenza preguntárselo a alguien. El hecho de estar tumbado sobre tres asientos apunta desde luego a un privilegio que me he tomado o que me ha sido concedido. A buen seguro que he dormido hasta ahora. Pero ¿a partir de dónde? Tampoco conservo en la memoria el momento en que subí al convoy.

Entretanto adopto una postura expectante. Podría ser útil seguir las conversaciones de los demás. Lo mejor sería, probablemente, volver a cerrar los ojos y hacer como si no existiera. Así quizá podría uno enterarse de algo relacionado con su propia persona.

El joven que está frente a mi cabeza es el primero cuyas palabras registro. Habla un alemán sin acento y cuenta que ha estado en la guerra. No se vanagloria de ello. Considera, sin embargo, que su pasado militar podría ser un as en la manga. Ojalá lo tengan en cuenta, dice, ojalá se olviden de él. Parece dirigirse a un lugar al que no quiere ir.

El hombre de la cara fofa habla de sí mismo con un tono a todas luces lastimero, afirma que acaba de casarse, «por así decirlo», y que su mujer está embarazada. Asegura que le gustaría conocer a su futuro retoño, cosa esta que, de hecho, resulta comprensible, aunque la expresión «por así decirlo» no sugiere una relación legalizada con la madre de su hijo. Por lo visto, teme perder el contacto con su casa.

El señor mayor sentado en el rincón de la puerta se presenta en ese preciso instante. Es el doctor Honigmann. Pronun-

cia su apellido, «hombre de miel», de manera que se saborea todo su dulzor. ¿No conoce usted al doctor Honigmann? Nadie lo conoce, y a todos les da la impresión de que deberían conocerlo. Cuenta quién era en su día o, para ser preciso, a quiénes conocía. Por tanto, es austríaco o, como mínimo, vivió mucho tiempo en Austria. Conoció incluso a Seipel,¹ quien recibió de él más de una donación. Aquel gesto debería ayudarle ahora. También ha sido jurista, pero no ha «ejercido», esto es, no se ha ganado la vida como jurista, sino por otros medios. Cuando huyó a Occidente, no contaba con los papeles necesarios, de modo que lo hizo a pie. La guardia fronteriza quiso devolverlo. Se sentó sobre una piedra a este lado de la frontera. ¿Por qué salir si ya estaba dentro? Ahora, no obstante, la cosa va en serio. Según él, el prefecto (al que, por tanto, conocía y con el que incluso intimaba) le había dicho que se largara y no se dejara ver. Pero ¿cómo no dejarse ver si la muñeca es tan guapa? Una «muchacha aria» y, además, cincuenta años más joven que él. En consecuencia, él debe de tener más de setenta o ella es todavía una niña. ¿Por qué salir si ya está dentro? Le entregó cincuenta mil francos cuando lo pillaron, allí mismo, en la policía, donde el prefecto es todopoderoso. «¡Quédate con esto, muñeca! La cosa va en serio. ¡Debería haber creído al prefecto!» ¿Lo «sacará» el prefecto? No lo hará, porque tiene las manos atadas. Hitler ha exigido el «suministro» de veinte mil judíos.

Conozco, pues, el motivo del viaje y, por consiguiente, su destino. Ya no hace falta saber cómo me pillaron. Lo único impor-

1. Ignaz Seipel (1876-1932), sacerdote austríaco. Presidente del Partido Social-Cristiano desde 1921, fue canciller de Austria entre 1922 y 1924, así como entre 1926 y 1929. Nota del traductor. En adelante solo se señalarán las que no lo sean.

tante es hallar una salida. Sin embargo, no creo que mis compañeros de viaje tengan razón al considerar que sus motivos, el uno su servicio militar, el otro su hijo a punto de nacer, el tercero sus donaciones y contactos, son suficientes para que los pongan en libertad. Yo personalmente no tengo ninguno, y aun así mi intención no es llegar al «destino».

Por lo visto, los señores sentados frente a mí se han hartado de hablar sobre sí mismos y buscan otro tema. Ahora bien, resulta que estoy cómodamente tumbado frente a ellos. Tal vez no estén muy seguros de si me he despertado, pero, según parece, creen firmemente que no lo manifestaré.

El doctor Honigmann me tiene por un simulador. El joven soldado se muestra de acuerdo con dicha hipótesis y lo expresa mediante las palabras «seguro» y «emboscado». Solo el marido fofo asume mi defensa. Cree en mi inocencia. Según él, no fingía y caí como un palo. La encargada de la vigilancia me abofeteó de tal manera en la mejilla derecha y en la izquierda que cualquier persona normal habría muerto, pero en mi caso no se produjo reacción alguna.

Ahora recuerdo algunos detalles. Me arrestaron a las seis. Mostré los documentos de los abuelos maternos de mi hermanastra. No sirvió de nada. «¡Hasta mañana!», dijeron. Golpeé la mesa con el puño y grité: «¡Hasta hoy!» «Le golpearán», fue la respuesta. Me retuvieron el día siguiente y más días quizá. El viejo señor Siegfried me trajo un paquete de cigarrillos. Ahora lo echo de menos. No lo dejaron entrar a verme, mejor para él. Tal vez lo habrían detenido también, a pesar de su edad. Con la intención de provocarme un cólico biliar, le compré una botella de vino de Burdeos a un policía. Me la bebí toda en ayunas. Cuando pasó el médico, aún no me había producido ningún efecto. Tal vez más

tarde. Me falta el cinturón. A buen seguro que me desvistieron. Voy tumbado sobre tres asientos.

«Tiene que ir tumbado sobre tres asientos», afirma el doctor Honigmann. «Si no fuera por él, habríamos viajado en el vagón de transporte de ganado», aclara el joven marido, que por lo visto carece de todo sentido del humor. O sea, hay que evitar llamar la atención. ¡Qué delicadeza!

Tengo mi bolsa bajo la cabeza. Solo contenía mis documentos, que a lo mejor siguen ahí. Me incorporo con un movimiento brusco. Pues sí, continúan ahí. El joven soldado exclama: «¿No lo decía yo?» El padre de un hijo probablemente póstumo se muestra estupefacto. Me acerco a la puerta. El doctor Honigmann me coge del brazo: «No se puede salir.» Mas estoy ya en el pasillo. Un capitán de la gendarmería grita: «¿Usted adónde va?» Menciono el retrete. Aduce que hasta ahora he estado enfermo y no podía ir al escusado. Le contesto que sigo enfermo, pero que no me queda más remedio que ir. Permanezco ahí todo el tiempo que considero oportuno y me propongo obrar de igual modo en adelante. Regreso a mi compartimento, subo bruscamente la cortina y abro la ventanilla. El capitán entra como un rayo y grita que no lo tolerará. Me defiendo también a gritos, refiriéndome a mi necesidad de luz y aire. El doctor Honigmann susurra al padre de familia: «Ahora se lo cargarán», y se muestra decepcionado al ver que no lo hacen en el acto. El capitán me lanza una mirada maligna y cierra la ventana, pero deja la cortina subida. El compromiso ya no se puede anular.

El capitán se queda observándome por la puerta de vidrio, y yo hago otro tanto. Tiene la cara y el vientre hinchados, y las órbitas de sus ojos se mueven como planetas, sin que importe dónde está la esclerótica ni dónde el iris. Sin embargo, da la impresión de tener

pavor a las miradas de los muertos. Su sombra desaparece, y al cabo de poco rato otra ocupa su lugar. Pertenece a un gendarme carente de distintivo, pero poseedor de rasgos y de figura. Abre la puerta de nuestro compartimento, luego un poco la ventanilla y baja una pizca la cortina para tapar la abertura. Después explica de forma concisa que su jefe teme que alguien saque cartas de contrabando, pero que desde el pasillo no podrá percibir el cambio realizado.

El ambiente en el compartimento se ha puesto en parte de mi lado. Continúo siendo un simulador, pero los otros sacan partido de mi impertinencia.

—¡No presuma demasiado de sus fuerzas, joven! —señala el doctor Honigmann. Sea como fuere, ha aprovechado mi ausencia para apoyar las piernas sobre uno de los asientos que he dejado libres—. Para que no nos entre nadie —responde a mi mirada de reproche. A buen seguro que habría dicho lo mismo en un viaje de negocios o de placer.

Ahora, para colmo, estira las piernas hacia un lado.

—A ver si podemos dormir —dice para acompañar esta operación. De paso, roza con los zapatos mi pantalón. Este forma parte del traje nuevo que llevo puesto. Limpio el lugar correspondiente. El doctor Honigmann se muestra ofendido:

—¿Para qué quiere conservarlo?

—¡Para después!

—¿Por qué? —pregunta el doctor Honigmann—. ¿Tendrá usted un después?

—A lo mejor —le respondo.

—O sea, ¿que usted ni siquiera es judío? —continúa inquiriendo.

—Puede que tenga usted razón —le contesto. No tengo otra salida, si no quiero entregarme de pies y manos.

—¡Oíd! ¡Oíd! Es *goy* de nacimiento, ¡de ahí su cara dura!
—exclama triunfante el inquisidor satisfecho.

El joven soldado interviene con la intención de abalanzarse sobre mí. Considera que he ofendido a la solidaridad de los condenados a muerte. El atenuante de mi enfermedad y la petición de que me deje en paz, expuestos ambos por el padre de familia, no resultan suficientes. De hecho, a mí tampoco me satisfacen. En eso, una joven se ha introducido por la puerta y evita el ataque contra mi persona argumentando que, si bien no estoy enfermo, no merece la pena ocuparse de mí.

La recién llegada habla francés, va vestida como una mujer mundana y la única pieza de uniforme que lleva es la cofia que las enfermeras usan en todas partes del mundo. Por lo visto, acompaña en el tren, hasta su entrega, a los enfermos, uno de los cuales soy yo; quizá el único. La cosa tiene buena pinta. Ya hemos dejado atrás Marsella y, sin embargo, seguimos pegados a la costa, tal como demuestra una furtiva mirada tras la cortina. Quizá sea así porque la gente ha de creer que nos deportan a España por los Pirineos, mientras que, de hecho, se detendrán antes o cambiarán de dirección a tiempo.

La enfermera se sienta, apoyando solo una nalga, entre el soldado y el frustrado padre de familia. Nadie tiene ganas de «darle palique». Además, no es francesa, sino polaca, según dice. Su voz tiene el tono entre áspero y dulzón de las prostitutas que han bebido mucha cerveza y han hecho una buena captura. Da ánimos al soldado, que no los necesita. Le promete que lo soltarán porque ha defendido Francia. Es lógico, asegura (aunque Francia lo está entregando precisamente a sus anteriores enemigos): «¡Deme usted su nombre por si acaso, el nombre de su gente! ¿Cómo? ¿No tiene usted a nadie? ¿Su dirección en Niza! Tengo contactos.»

Ha participado en varios transportes y sabe que uno se queda un tiempo allí donde lo descargan. No tiene autorización para revelar adónde nos dirigimos. Ella, sin embargo, regresará enseñuida. El tiempo será suficiente. El joven soldado le dicta un montón de direcciones. Algunos de sus superiores y muchos de sus camaradas saben que se batió con valentía. La enfermera se compromete a llevar a cabo todas las gestiones.

El padre de familia frustrado interviene en la conversación. Cuenta su caso. Su mujer espera un hijo; de hecho, ni siquiera es su mujer. Lo detuvieron cuatro días antes de la boda prevista.

—Su caso no es fácil. Ya veremos. Hay que tener confianza.

Resulta que su mujer es francesa. Eso podría ayudar. La fulana tocada con una cofia le regala una dulce mirada. El fofó candidato a padre de un hijo póstumo abriga ciertas esperanzas.

—¿No tiene usted novia? —pregunta ella al joven soldado, cuyo caso o cuya persona parece resultarle más interesante. Seguramente, pero, sea por discreción, sea por inteligencia, no la menciona. Mientras, la enfermera va sumando los períodos que él ha pasado en el frente. La *drôle de guerre* fue demasiado breve y el soldado es demasiado joven. Se batió con valentía; tanto mejor. Y luego se acabó; tanto peor. Con todo, ella hará cuanto esté en su mano.

De súbito, el capitán en persona abre la puerta e introduce a dos hombres más en el compartimento. Así se venga de mí. Estoy sano, dice, de modo que no necesito ya los tres asientos. Un señor se sienta junto a los pies del doctor Honigmann, que los retira con parsimonia. Tiene pinta de ruso y es un zapatero de Polonia oriental; lleva doce años en Francia, pero no ha adquirido aún la nacionalidad. Resulta que una vez volvió a su país para pasar cinco meses con su gente y su tarjeta de identidad caducó entretanto. Le costó un enorme esfuerzo conseguir de nuevo el

permiso de residencia. Por eso no le alcanza el tiempo. Ahora fuma un cigarrillo tras otro. El doctor Honigmann tose, pero prefiere no protestar.

El zapatero expone su caso a la enfermera. En el puerto nuevo de Niza hay un bar donde tiene a alguien. Los alemanes ya lo han pillado dos veces, pero en ambas ocasiones lo han soltado. Puede trabajar como zapatero, dice; no van a dejar morir de hambre a alguien que ejerce tal profesión. La enfermera contempla boquiabierta a ese extraño creyente. A lo mejor consigue que le manden ropa interior de abrigo; por lo demás, no se siente angustiado. Eso sí, habría que presentarse en el pequeño bar del puerto. La portadora de la cofia da la impresión de estar apuntando su caso, pero se ve que solo finge escribir. El doctor Honigmann levanta el dedo índice a modo de advertencia: «Esta vez va en serio», declara.

La enfermera empieza a pedirle los datos. El hombre lleva todo un archivador. Ha dado tanto y tanto a la Cruz Roja, tanto y tanto al doctor Seipel. Es judío, sí, pero cree en todos aquellos que creen. «A lo mejor Hitler también es creyente.» Esta amplitud de miras repugna al joven soldado. Olvidando la presencia de la muchacha, afirma: «Los judíos tenemos que mantenernos unidos.» La dama de la Cruz Roja le lanza una mirada perdonadora; es demasiado guapo. Por lo demás, ella pertenece ya al doctor Honigmann. Este tiene en Niza una hermana paralítica que dona «sumas tremendas» a la Cruz Roja. Una visita a esta hermana no le hará ningún daño, desde luego.

—Seguro que saldrá usted —le dice la mujer.

—Tal vez —responde él, pero no se lo acaba de creer.

Es el momento en que se deja oír el segundo caballero introducido por el capitán. Es alto, fuerte y corpulento y solo puede

ser oriundo de Alemania. Así es, de hecho, lo cual en principio no sería nada malo para él. Pero es judío, y he ahí el defecto. Tampoco le sirve encarnar, por su apariencia, gestos, convicciones y palabras, la refutación de la teoría racial; todo lo contrario, es un motivo más para eliminarlo. Era fabricante y ha venido con dos grandes maletas, pero se muestra del todo escéptico.

—Mi mujer también viaja en el tren —dice, y añade con voz estentórea y expresión de orador—: ¡Señores, no se hagan ilusiones! Por supuesto que nos van a gasear a todos.

—¿Cómo lo sabe? —exclama la enfermera, que habría preferido no oír estas palabras, pero, por lo visto, no ha podido evitarlo.

—Cuento con informaciones fidedignas. Por el momento lo hacen en trenes, herméticamente cerrados, claro. Pero ya están construyendo edificios especiales destinados a ello. Sumamente prácticos. Sí, los alemanes saben lo que hacen—observa con tono de admiración—. Claro que usted, señora enfermera, no tiene ni la menor idea. Y eso que poco a poco es ya un secreto a voces. Usted acompaña los trenes hasta la entrega, pero a buen seguro que no sabe por qué. Después de la guerra, nada de esto habrá existido, señores. Nadie habrá participado. Además, se supone que usted no sabe alemán, granujilla, ¡y eso que lo habla igual de bien que yo! ¡Hable alemán, caramba! ¡Aquí somos todos alemanes o al menos lo hablamos mejor que el francés!

La enfermera empalidece pero se controla. Ensay a un acento extranjero; lo dibuja con la lengua al tiempo que pregunta en alemán:

—¿Qué cartas tiene usted?

—Ninguna. Me gasearán como a todos los que tienen alguna.

—¿Para qué entonces todo ese equipaje? —inquire ella con tono burlón.

—Prefiero que se lo queden los alemanes a que lo hagáis vosotros, gentuza que nos habéis vendido —es la respuesta.

La enfermera se muestra indignada, sea en nombre de la Cruz Roja, sea en nombre de la nación francesa o polaca, quizá incluso en nombre propio. Sin embargo, nada puede reprochar a ese hombre destinado a ser torturado y asesinado por manos alemanas. Solo podría mejorar su situación si lo denunciara y lo llevara ante un tribunal francés. Ni siquiera puede amenazarlo, pues él conoce perfectamente su situación y se le reiría en la cara. En ese instante, la mirada de la enfermera se posa en mí, y recuerda algo que yo no recuerdo:

—¿Tú también aquí? Pero ya estás mejor, por lo que veo. Mis bofetadas te han caído bien. El capitán es demasiado bueno para ti. Habría que zurrarte, zurrarte, zurrarte hasta que no pudieras ponerte en pie. Aunque los suelten a todos, para ti no hay esperanza, a ti te gasearán.

No espera la respuesta, sino que desaparece en el acto. Bien es cierto que me entran ganas de salir en pos de la enfermera y de propinarle una patada en el trasero, pero no estoy tan convencido como ella de la bondad del capitán y de los otros gendarmes. Me quedo, pues, mirando al vacío y haciendo como si lo dicho no me incumbiera. No lo consigo, por supuesto. El fabricante alemán disfruta de lo lindo y me da un codazo: «Se refiere a mí», me suelta con una carcajada, «¡pero no se atreve a decírmelo!»

La sentencia de la enfermera llama a mi derrota por su verdadero nombre; no cuenta con que yo no sé a qué aludía ni qué tiene, de hecho, contra mí, pero ella también me cae mal, y puede que ese sentimiento sea recíproco. El doctor Honigmann considera, por cierto, que me está bien empleado y que he sido descarado. El joven soldado comparte su opinión, y esta vez ni

quiera lo contradice el padre del hijo póstumo, puesto que no teme más actos violentos. Hasta el zapatero se muestra de acuerdo, a pesar de que, a buen seguro, no me conoce y me ve por primera vez. Supongo que tendré que ignorar la opinión pública. Ahora bien, no resulta fácil, teniendo en cuenta que uno está encerrado y convive con ella en el compartimento de un tren.

Entramos en una estación importante, y da la impresión de que la mayoría de los gendarmes se ha apeado. Un elegante codetenido, que se autodenomina el comandante del vagón, se presenta en la puerta y nos autoriza, bajo su responsabilidad, a subir la cortina y a mantener la ventanilla abierta. El hombre desaparece en el acto, por cierto. La enfermera vuelve y reparte crema de afeitar, jabón y chocolate, donaciones de la comunidad israelita de la ciudad. A mí no me trae nada. «Usted no es judío», observa. De esta manera se granjea el apoyo de los demás, y luego se larga. Llega otro tren, que se detiene frente a nosotros. Aparecen en las ventanillas unos pequeños burgueses obesos que nos fisgan con malicia. El más gordo se pone a gritar de tal modo que le tiembla la barriga por la excitación cuando abre la puerta lateral para mostrarse de cuerpo entero en el marco:

—¿Adónde llevan a pasear a estos judíos de pura raza?

—¡Allí adonde nos habéis vendido con vuestros trapicheos, cerdos cobardes! —le grito, y bajo la ventanilla todo lo que puedo—. ¡Nosotros moriremos, pero tú seguirás hediendo, trozo de mierda!

En este momento, la jeta y el porte de mi interlocutor se me graban con tal precisión —a mí, normalmente incapaz de retener la cara y el físico de las personas— que podría reconocerlo dondequiera que volviera a verlo, aunque fuese al cabo de los años y él llevase otra ropa. Pero ¿podré verlo otra vez? En este

momento creo que sí. De pronto he tomado la decisión de seguir viviendo, aunque no tengo ni la menor idea de cómo llevarla a cabo.